



Estudio del silencio en un mundo de interferencias

M.I.H.E. Pablo Esparza Flores
PARTE II



Del silencio y la productividad

El silencio, de alguna forma sobre todo en el mundo occidental, se presenta a sí mismo como una suerte de "ausencia", un vacío en el cuál, contrario a volverse un motor generador de muchas cosas, se convierte en una barrera, una que impide la comunicación fluida y efectiva de tanta importancia en el mundo occidental, podríamos afirmar entonces, que pensar el silencio se vuelve vacío, infructífero, un completo sinsentido, sin embargo, pensar en el silencio como estructura, nos ayuda a cimentar las bases del ordenamiento del mundo.

El Evangelio de Juan inicia de una forma contundente: "En el principio, era la palabra"- está máxima, de alguna forma perfila la perspectiva de ordenamiento del universo, como si éste, emanara de alguna forma del verbo, de esta manera Dios, se convierte en la palabra primigenia que ordena al mundo, elemento que es entendido y aceptado en todas sus acepciones, ya que es precisamente la palabra (el lenguaje) lo que ordena, mediante la significación el mundo con el que entramos en contacto, la palabra entonces, se convierte en aquello que le brinda sentido al mundo en el que nos desarrollamos, es mediante ésta como podemos conocer, entrar en contacto y encontrar los límites del mundo, ya que como mencionaba el filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein "Los límites de mi mundo, son los límites de mi lenguaje", de esta forma, el lenguaje (la palabra) se vuelve el crisol mediante el cual recibimos al mundo, lo ordenamos y estructuramos, sin embargo, dentro del orden caótico que representan la palabra, el lenguaje y el mundo, el silencio queda relegado como el vacío entre lo estructurado, como una suerte de caos inabarcable e irreconocible entre las estructuras que brindan orden a aquello ya ordenado por el lenguaje, si bien, el silencio no es considerado desde esta perspectiva como "caos", si es observado como un objeto irreconocible dentro de lo conocido, por lo tanto, en nuestra cultura muchas veces el silencio es dejado ahí, como un objeto indeseable al cual se busca erradicar de forma constante entre la estructura "ordenada" de la palabra.

Si consideramos, que el mundo es ordenado mediante la palabra (al menos desde una perspectiva occidental) encontramos en el silencio una forma de óxido que pretende devorar el orden, perspectiva que se vuelve evidente sobre todo en los medios de

información actuales, en donde el silencio se considera un error, una evidente falta de lenguaje, de orden y de información, el silencio en los medios masivos de información no es una pausa, es una aberración, ya que la velocidad, la inmediatez del mensaje es necesaria para mantener a un público cautivo a aquello que emana de los parlantes o que observamos a través de la pantalla.

De alguna manera, todos hemos estado en contacto con la frase: "Time is money", una elocución que nos deja ver (quizá entre líneas) que la pérdida de tiempo, es también la pérdida (o desaceleración) del proceso productivo, un proceso impulsado sobre todo por la palabra, si bien, podemos pensar, que muchas veces la realidad laboral nos empuja a mantenernos en silencio, el silencio, como tal, es observado desde una perspectiva diferente.

En la actualidad, es poco probable (que no imposible) enaltecer el valor del silencio sobre el valor productivo y escandaloso del mundo actual, en donde la producción (como si se tratase de una fábrica en donde los martillos y motores golpean y se sacuden en todo momento con sonidos metálicos) se asocia al ruido, por lo tanto el silencio, es relacionado necesariamente al ocio y a la vagancia, a aquello que es improductivo e innecesario, de esta forma, el silencio es aquello que atenta en contra de nuestra perspectiva actual de "vida" y de "mundo". El mundo es un espacio ruidoso, en donde todo tiene que producir un constante golpeteo (de martillos, de motores, de rotores, de teclas) para poder dar valor a aquello que estamos haciendo, asociamos la vida, el éxito, el conocimiento, el desarrollo necesariamente a la producción y a la constante actividad, el hombre debe de estar constantemente ocupado, sin espacio para descansar, sin espacio para el silencio ya que esto "asegura" nuestra productividad, y la productividad motiva nuestro desarrollo económico y por ende, un mejor estatus en nuestro barroco escalonamiento social. El mundo actual no desea, no deja espacio para la inactividad, ya que esta no nos vuelve productivos, por lo tanto, no nos vuelve exitosos ni sobre salientes, no nos vuelve únicos, especiales, de renombre, la inactividad nos vuelve vagos, ociosos sin sentido.

Considerar el silencio como un mero espacio entre palabras, entre comidas, entre actividades, resulta riesgoso sobre todo en el propio entendimiento del hombre, ya que relegamos el papel del silencio a labres que consideramos "poco necesarias", el silencio



es para los artistas, para los vagos y uno que otro filósofo, de esta forma, el silencio se vuelve exclusivo de cierto "tipo" de personas, aquellas que miran las estrellas buscando inspiración para pintar lienzos o escribir canciones, para aquellos que de entre el silencio encuentran el materia, para construir (como demiurgos) piezas que al final, terminan haciendo del silencio algo inexistente, por ello, no es extraño asociar actualmente el éxito de un artista con su "productividad", con el número de discos producidos en su carrera, con el número de cuadros que ha pintado y vendido, o con el número de libros que ha colocado en los anaqueles, de esta forma, el silencio se vuelve esclavo de la producción, de la incesante idea de éxito como monetización.

Si relacionamos y concentramos la producción como forma de vida, el silencio se vuelve un arma peligrosa, ya que el silencio da paso al vacío, y el vacío a la poca o nula producción, por ello, los medios, los empleos, la publicidad, la ropa, el ocio mismo está dirigido a la "producción", por ejemplo, es cada vez más común que asociemos la actividad física a la imagen personal, y ésta, al status, por lo tanto, a un mejor empleo, a sentirnos deseados o admirados, y tapizamos las redes sociales de fotografías de gimnasios en donde rompemos nuestro "RP" (Record personal) y TENEMOS que anunciarlo al mundo, y recibimos corazones y palabras de aliento como si fueran medallas que vamos colgando de nuestro cuello, uno que se vuelve "virtualmente" un medallero de "éxitos" y halagos, por lo tanto, el ejercicio ya no se asocia a la salud, a la "virtud", mucho menos al silencio, se asocia al escándalo, al aplauso y al espectáculo convirtiéndonos a nosotros mismos en figuras públicas.

El silencio, de igual forma, ya no se asocia a la introspección, a la oración, a la meditación o al descanso, el silencio se vuelve esa pausa para tomar aire y continuar con nuestras labores "productivas" esa pausa "para comer" se vuelven quince, treinta minutos para brindarnos un espacio de refresco para seguir adelante, la meditación y la oración se vuelven "herramientas" eficaces para cargarnos de "buenas vibras" y no gritonearle al compañero de trabajo, el silencio se vuelve entonces un engrane más en la engrasada y eficiente maquinaria de la productividad, del éxito que representa nuestro "modo de vida", el silencio ya no es ese espacio en donde respirar profundo significaba entrar en contacto con nosotros mismos, ahora es respirar profundo para volver a empezar.

La necesidad por mantenernos constantemente productivos y alejados del silencio se vuelve evidente en el texto "La sociedad del cansancio" del filósofo surcoreano Byung-Chul Han, en donde es el hombre mismo el que vive auto explotándose, convirtiéndose a sí mismo en SU esclavo con el fin de satisfacer sus necesidades económicas, de producción y status (una mala suerte de autorealización patológicamente entendida) por ello, el hombre se mantiene alejado del silencio y atado a una taza de café, antidepresivos y ansiolíticos, encadenado al teléfono móvil y a la constante sensación de vértigo por sentirnos poco productivos, el silencio entonces, ya no es una respuesta, es la completa negativa a la productividad, pero sobre todo a aquello que la sociedad desea para el hombre mismo, por ello el silencio se convierte en un atentado en contra de nuestra propia naturaleza, una ya no contemplativa, sino productiva y exitosa.

